

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 409

Barcelona, 17 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

La semilla
de los Opas no
desapareció de
la faz de la tierra. Pero
los pueblos dignos y
valientes, como el es-
pañol, saben acabar
con ella, ahogando en
sangre sus gérmenes
malditos.

El traidor que abre la puerta

En el frente de Aragón, según todas las noticias que van llegando a nuestros Estados Mayores, la proporción entre extranjeros y españoles en el llamado Ejército franquista es, como mínimo, de un setenta por ciento. Africanos, italianos, alemanes, portugueses, rumanos, pelean contra nosotros por tierra y aire. Y cada día desembarcan en los puertos hispanos, cargamentos de material y batallones de soldados procedentes de Africa y Europa y destinados a la conquista de España. Y cada día llegan por la vía de los espacios, escuadrillas de aeroplanos de caza y bombardeo, que salieron de los aerodromos de Italia y de Alemania.

En noviembre de 1936, llegaron hasta las puertas de Madrid los contingentes rebeldes. Ya contaban con la cooperación de italianos y alemanes, pero en realidad, unos y otros limitaron sus servicios a la aviación, la artillería y los carros de asalto. Las fuerzas de choque estaban constituidas por los moros de Varela y los legionarios de Yagüe. Y los milicianos madrileños, luego de retroceder desde Talavera a la Casa de Campo, iniciaron la gloriosa resistencia que debía ser pasmo del mundo y asombro de la Historia.

Mas hoy todo aquello pasó. La guerra civil se ha

trocado en guerra nacional. La contienda doméstica en pugna de independencia. ¿Quién se acuerda de Yagüe ni de Varela, aunque el primero de ellos ejerza un mando, probablemente nominal, en las operaciones de Aragón? Goering, la otra tarde, en un discurso dedicado a cantar la fácil victoria austríaca, ha enviado un saludo oficial a los combatientes alemanes e italianos que pelean en España. Y de paso ha amenazado a los españoles y les ha recordado el bombardeo de Almería.

Según ha dicho, Alemania puede enviar a España soldados, jefes, aviadores, cañones y aeroplanos para que hagan la guerra. España no puede, en cambio, ejercer la represalia más mínima sobre alemán alguno. Y esto es consentido en pleno siglo XX, después de la Gran Guerra, del Tratado de Versalles y de la Sociedad de Naciones...

Para anexionarse Austria, Hitler encontró a Seiss Inquart. Para hacer lo propio el día que le parezca hacero Mussolini con España, cuentan con Franco y su camarilla de generales.

El procedimiento es cómodo. La semilla de los Opas no desapareció de la faz de la tierra. Pero los pueblos dignos y valientes, como el español, saben acabar con ella, ahogando en sangre sus gérmenes malditos.

En Nueva York serán vendidos en pública subasta a beneficio de la España republicana, manuscritos de valor

Nueva York, 10 de marzo. — Por vez primera serán sacados a subasta valiosos manuscritos de Albert Einstein y de Booth Tarkington, famoso escritor americano. La venta se celebrará el día 26, a beneficio del Comité de Ayuda Médica a la España democrática.

En esta subasta figurarán también otras obras manuscritas y cartas de Thomas Mann, Henri Barbusse, Romain Rolland, Sigmund Freud y de otros autores americanos, ingleses, franceses, alemanes, rusos, escandinavos y españoles.

El escritor inglés Ralph Bates — autor de la célebre novela «El campo de Olivos» — ofrecerá el manuscrito de su libro «Los hombres flacos», para que también sea subastado. — Agencia España.

LOS CRIMENES DEL FASCISMO EN EUZKADI

Entre los vecinos de ciudades y aldeas se ha establecido una estrecha solidaridad para salvar a todos aquéllos que se encuentran en peligro de ser detenidos o fusilados. Las fugas adquieren caracteres de verdadero folletín

Hendaya. — Constantemente llegan hasta aquí detalles impresionantes de la lucha del pueblo de Euzkadi contra el fascismo, que trata en vano de dominar aquellas regiones nortenas.

La situación en las provincias Vascongadas tiene extremos de violencia, moral y material, que hace que todos los hombres no conformes con la infame conducta de los facciosos lleguen a tener un contacto íntimo para procurar que ciertos amigos puedan huir. Hay tantos de éstos en peligro de fusilamiento o de ser ahorcados, que, para ayudarlos, se precisa un valor digno de admiración y el propósito de poner en peligro la vida propia, con tal de salvar la de quienes aun tienen mucho que hacer en su patria. Ahora, no; pero, más tarde, serán los que rijan los destinos de Euzkadi.

En Bilbao arrecia la presión fascista. Durante las últimas semanas, han sido molestadas, durante el día y la noche, familias de sacerdotes que huyeron al entrar en la Villa las tropas extranjeras. Esas familias viven agonizando ante el justificado temor del encarcelamiento, de la ejecución en el patio de la cárcel de Larrinaga. No son respetados por la persecución ni los ancianos ni las personas muy jóvenes.

Los encargados de las represiones buscan todos los días, con celo digno del verdugo, a los nacionalistas o a los republicanos que durante los tiempos republicanos evidenciaron, siquiera fuese con tibieza, que lo eran. Con los ficheros de los Centros políticos hacen los sicarios franquistas investigaciones que alcanzan a familias de desaparecidos o de muertos.

Desde hace algún tiempo, la solidaridad es más estrecha entre los que temen persecuciones o

castigos, tanto en Vizcaya como en Guipúzcoa.

Algunas evasiones, que permanecen en el anonimato, demuestran hasta qué extremo arriesgan la vida los patriotas vascos, con el fin de evitar el fusilamiento.

Ultimamente han logrado evadirse algunas personas condenadas a muerte y que estaban escondidas desde hace meses. Su evasión sobrepasa los caracteres de un folletín.

Han dicho en Francia que, sin la ayuda de núcleos de personas decididas a todo, no hubieran podido salir de España.

Cuentan los evadidos que es cierto en absoluto el martirio de numerosos patriotas vascos, entre ellos algunos sacerdotes.

Las listas publicadas por los diarios no comprenden a todos los sacrificados, habiéndose silenciado los nombres de algunos de ellos, por razones que los fascistas consideran de política.

Reclutaba de "voluntarios" italianos

Ya son conocidos los métodos empleados por el fascismo italiano para reclutar combatientes, a los que después llama «voluntarios» o «legionarios». Los derechos individuales han sido abolidos y en los países fascistas no hay más voluntad que la del dictador. Y, para escarnio de la civilización y baldón de la Humanidad, los mayores atropellos son consumados para airearlos luego como bandera de combate. Publicamos hoy una carta escrita a su madre por un «legionario», antes de salir para España. La carta lleva la fecha de octubre de 1937 y en ella se informa una vez más de los métodos empleados para el alistamiento de «voluntarios». En ella se hace ver también el estado de ánimo de los soldados que parten hacia una empresa que odia y rechaza el pueblo italiano y lo deshonra. El autor de la carta que a continuación reproducimos será quizás uno de los soldados que hoy luchan buscando la muerte en las tierras del Bajo Aragón:

«Querida madre:

«Mi salud es óptima; así espero sea la vuestra, la de las hermanas, la de los cuñados.

«Debo comunicarte una desagradable noticia: he sido movilizado por el fascio en calidad de voluntario. Primeramente no lo creía, después he tenido que rendirme ante la evidencia; he sufrido reconocimiento médico, que me declaró útil; fui vestido de miliciano y se me obligó a salir para Roma, donde Mussolini nos pasó revista el día 29.

«De nuestro pueblo éramos un centenar, y en Roma, cuando Mussolini pasó revista, éramos muchos millares, sin contar aquellos que te-

nían que llegar algunos días después.

«Puedes imaginarte, querida madre, mi dolor por abandonar el país, a mis ahijadas, a las hermanas.

«Trabajaba en el establecimiento cuando llegó la orden de salir en el mismo día. Solamente en la sección mecánica éramos 92 los movilizados.

«Dejamos el trabajo, improvisadamente, para dirigirnos a la sede del fascio, donde se nos comunicó la triste noticia. En la visita médica he hecho todo lo posible para pasar por enfermo; pero los pulmones y la salud, en general, son de acero, como lo son los de toda nuestra familia, y se me consideró útil para partir. Mi hermano quería ir en mi lugar, pero, no estando inscrito en el fascio, su petición no fué aceptada. Por otra parte, tampoco yo le

hubiera permitido salir, porque tiene hijos aún pequeños.

«Pero no te intranquilies; espereemos que el Señor me conceda la gracia de volver sano, lo más pronto posible, al seno de mi familia.

«Una cosa, madre, antes de que yo salga. ¿Puedes mandarme un poco de dinero para comprar cigarrillos y llevarlos allí? Mi salida está fijada para el 4 o el 5 de noviembre. Puedes remitirlo certificado. Pero hazlo rápidamente, para que pueda tenerlo antes de la marcha; te lo agradeceré.

«No me queda más que besarte mil veces: ¡quién sabe si nos volveremos a ver! Te escribiré durante el viaje.

Dirección:

44 Batallón C. C. N. N.
11.ª Compañía Paniola. Roma.»

¡Y ésta es la No Intervención!

En los puertos del Sur se proveen de combustible los buques de guerra alemanes y se llevan los mercantes la riqueza agrícola de España

Gibraltar. — Estos días hay gran actividad marítima en los puertos facciosos del Sur. En la bahía de Algeciras, donde se halla de servicio permanente de aprovisionamiento el barco cisterna alemán «Max Albrecht», se presentaron ayer cuatro destroyers de la misma nacionalidad — «Kondor», «Folker», «Grief» y «Molwe» —, que, después de proveerse de combustible, se hicieron a la mar.

También proveyó de lubricantes el citado buque cisterna, a un vapor nazi que, con cargamento de harina, cebada, aceite y azúcar, todo procedente de Granada, continuó su viaje.

De esta manera se sigue el plan hitleriano de devastar a España llevándose todos los productos de que los alemanes carecen en su país y que en la zona facciosa roban con la complicidad de Franco.

A este puerto de Gibraltar llegaron ayer, atracando en el muelle de las Oficinas del Almirantazgo, el «Admiral Scheer», acorazado insignia del con-almirante Von Fischel, acompañado de los submarinos «U-32» y «U-35».

**El "SERVICIO ESPA-
ÑOL DE INFORMA-
CION" se publica
diariamente en cas-
tellano y en francés,
y los lunes, miérco-
les y viernes, en ale-
mán, italiano e in-
glés respectivamente**

Bombardeo del vapor inglés "Stanwell"

En la tripulación hubo dos muertos y seis heridos, entre éstos, el «observador» del Comité de No Intervención

Tarragona, 15.—Tarragona ha sido víctima nuevamente de otra de las muchas agresiones que desde el 14 de abril de 1937 viene sufriendo por parte de los piratas del mar y del aire.

Esta madrugada, a las 4,27, unos aviones facciosos han bombardeado el vapor inglés «Stanwell», que se hallaba anclado en el muelle Paralelo, descargando carbón.

La agresión ha sido realizada directamente contra el buque inglés, habiendo caído las bombas dentro del mismo y en los alrededores. El «Stanwell» ha sufrido las consecuencias del bombardeo por haber hecho explosión dos proyectiles en su interior: uno en la cámara de máquinas y otro en la proa. La agresión ha sido rápida e inesperada. Los aviones rebeldes, que procedían del mar, se han internado inmediatamente después de efectuada su criminal agresión.

A la hora en que ha tenido lugar el bombardeo, primera de la madrugada, el silencio a bordo del «Stanwell» era absoluto; de aquí que el despertar de la tripulación haya sido horroroso, por el estruendo de las explosiones, pudiendo apreciar que el buque se envolvía rápidamente en llamas. Al darse cuenta de ello el capitán del barco, Davies, ha dado las oportunas órdenes para que la tripulación abandonara el buque, pues la primera impresión era de que se iba a pique. Al percatarse posteriormente de que se quedaba a flote, se han dado otras órdenes encaminadas a la extinción del fuego producido por las bombas en el recinto del barco.

Han acudido al muelle el comisario delegado de la Generalidad, Joaquín Fort; el comisario delegado de Orden Público, Juan Rodríguez; el alcalde de la ciudad, Francisco Conde; el comandante militar de la plaza, Pérez Farrás; el comandante de Marina, Buscán; el vicecónsul de Inglaterra en esta plaza, Navarro; personal de las Obras del Puerto, servicio de bomberos, Cruz Roja, ambulancias, personal de carabineros y personal del puerto, contribuyendo entre todos a la extinción del siniestro producido en la cámara del «Stanwell», el cual ha sido sofocado a las tres horas de haberse iniciado.

Las víctimas ocasionadas por la agresión al barco inglés han sido las siguientes: fogonero Molhollan, muerto, y heridos graves, King Thorpe, Morgan, Mac Mahón, y el observador del buque, súbdito danés, representante del Comité de no intervención. Los heridos han sido trasladados a los hospitales situados en la comarca tarraconense, y el muerto al depósito del cementerio de la ciudad.

El vapor inglés «Stanwell» ostenta la matrícula de Londres y desplaza 5.750 toneladas, formando su tripulación 36 súbditos ingleses, al mando de su capitán, Davies. Había llegado a Tarragona el día 27 de febrero pasado, con un cargamento de 8.000 toneladas de carbón, procedentes de Newport y consignadas a don Matías Mallol Bosch.

Como hemos dicho anteriormente, han hecho explosión en el interior del buque dos bombas: una en la cámara de máquinas, cerca de los camarotes del capitán y la oficialidad, habiendo

quedado destruidos y quemados, así como parte del puesto de observación. Otra de las bombas ha caído cerca de los camarotes de la tripulación, resultando destruidos éstos y parte de la bodega.

El barco enarbolaba la insignia inglesa en la popa del mismo.

Los tripulantes del barco inglés han sido trasladados a Tarragona, donde se les ha proveído de ropas y enseres de uso, pues han quedado únicamente con la ropa que llevaban puesta al producirse la explosión.

Tarragona, 15.—El observador del Comité de No Intervención en el Control del vapor «Stanwell», bombardeado esta madrugada en nuestro puerto, se llama Matsew, de sesenta y dos años, es de nacionalidad danesa, capitán de la Marina mercante de Dinamarca.

Esta mañana, en el hospital, le han sido practicadas dos operaciones quirúrgicas. Su estado es gravísimo y se teme que fallezca de un momento a otro.

Este mediodía ha fallecido otro de los tripulantes heridos a consecuencia del bombardeo de esta madrugada. Es el fogonero King.

El total de víctimas del bombardeo de esta madrugada, asciende a nueve, de ellos ocho son tripulantes del «Stanwell». Los muertos son dos y seis heridos, entre ellos el observador Matsew. Este, como llevamos dicho, es de nacionalidad danesa, y los otros siete son de nacionalidad inglesa.

Además de los heridos que ya hemos dado cuenta con anterioridad, han resultado también lesionados, de pronóstico reservado, los tripulantes del «Stanwell», Henry Prince y J. Thomas.

A la 1,40 de la madrugada de hoy ha fallecido en el Hospital de Tarragona el observador del Control de No Intervención que iba a bordo del buque inglés bombardeado ayer por los aviones facciosos en el puerto de Tarragona.

El observador, que era de nacionalidad danesa, fué alcanzado por la explosión de una de las bombas, que le produjo heridas gravísimas.

Entre las víctimas del barco inglés anclado en el puerto de Tarragona, el «Stanwell», figura el oficial observador de la «no intervención», capitán Matsew. En esta nueva agresión, el salvajismo de los invasores no ha reparado en incluir una baja que representara en cierto modo una burda ironía, ya que no un sarcasmo, que corre suerte pareja con el desenfado de quienes burlan sus propios acuerdos y cometen los actos de mayor condena. Reaccionar ante este crimen no representará para el pueblo español ninguna nueva forma de indignación. Sentimos una vez más la vergüenza de ese silencio y de esa impasibilidad que nos rodea y que permite la perpetración de tales hechos. Ante el cuerpo ametrallado de un celoso cumplidor de una disposición que tanto nos perjudica como la farsa no intervencionista, nos inclinamos respetuosos, compartiendo el dolor humano.

El capitán Matsew era un viejo marino, tenía el grado de capitán de la Marina mercante danesa. Había recorrido todos los

mares y conoció las vicisitudes de toda una vida entregada a llevar y sentar anclas en todos los puertos del mundo. Veterano consciente al amparo de todos los códigos marítimos, probablemente se encontró con esas aventuras difíciles y críticas que todo marino escandinavo luce en sus anécdotas y gusta relatar un día, cuando, ya jubilado, ha de inspirar con sus recuerdos celosas admiraciones. De su jubilación

fué arrancado de nuevo al mar, para prestar sus servicios como observador de ese burdo sistema de vigilancia y control inventado por los diplomáticos alrededor de una amplia mesa. Había de desafiar en él su propio celo y hasta su consecuente dignidad de marino. No supuso que había de enfrentarse, cargado de historia y de códigos marítimos internacionales, a una piratería organizada y ensoberbecida en el crimen y en la destrucción.

Los aviones de Hitler habían de acabar con ese viejo marino sexagenario. Lo sorprendió en su reposo. Creyó seguro tal vez a bordo del «Stanwell» sobre el que

ondeaba el pabellón británico y la enseña de la no intervención. Junto a él, otros marinos ingleses quedaron también despedazados. El alba, testigo de llamas y de sangre, dibujaba la silueta del «Stanwell» mientras los aviones nazis se remontaban en el espacio e iban a buscar nuevas víctimas. Mientras tanto sería interesante saber qué se decía más allá de nuestras fronteras al conocer la agresión de que había sido víctima el observador danés. Y de que forma la no intervención declaraba intangibles estos oficiales de control y vigilancia contra el crimen y la barbarie. (La Vanguardia, Barcelona, 16-III-38)

Caría abiería a M. Leon Blum, Presidente del Consejo de Ministros de Francia

Hace veinte meses que la España republicana y su Gobierno legal sostienen una guerra de independencia contra los ejércitos alemán e italiano. Desde el primer día de los acontecimientos se tiene la prueba evidente de la intervención armada de estas dos potencias en favor de los rebeldes. El «Libro Blanco» que el señor Alvarez del Vayo presentó, a su debido tiempo, a la Sociedad de Naciones, contiene la exposición de hechos más que suficientes para establecer dicha prueba.

Sin trabas de ninguna clase, a la luz del día, Alemania e Italia siguen enviando aquí sus técnicos y sus ejércitos. Diariamente, y cada vez en mayores cantidades, llegan aviones, cañones y tanques. Lo menos que podemos decir es que los acuerdos del «Comité de No Intervención» no tienen ningún valor, en cuanto se refiere a los envíos de los dos países invasores.

Por el contrario, al Gobierno republicano, al Gobierno legal español, se le trata como a un delincuente en el terreno internacional. El «Comité de No Intervención» ha cerrado ya las fronteras de la España leal; pero el mismo Comité ha demostrado su impotencia para tomar medidas análogas, eficaces, contra los militares rebeldes, sublevados contra el Estado legal. El mundo entero sabe perfectamente que los ejércitos combatientes, en el campo de Franco, están bajo el mando de oficiales italianos y alemanes. El mundo entero sabe que los aviones que actúan, tanto contra las poblaciones abiertas como en los campos de batalla, son de fabricación alemana e italiana.

Se ha dicho, y con razón, que los acuerdos de la No Intervención se aplican «en sentido único»: impiden el abastecimiento del ejército republicano y facilitan el aprovisionamiento de los ejércitos rebeldes y extranjeros que luchan en España.

El resultado de esta política internacional salta a la vista: son las tropas italianas tomando Málaga; son las tropas extranjeras, dotadas con material extranjero, apoderándose de Irún, mientras el material destinado a los republicanos se detiene en la frontera francesa; son las tropas extranjeras tomando Bilbao y Gijón; los alemanes y los italianos instalados en el Norte de España, en la frontera franco-española de los Pirineos, en las Baleares, en Marruecos; es la Alemania de Hitler declarando que no toleraría la victoria del Gobierno republicano y que consideraría esta victoria eventual como la ruptura del equilibrio europeo. Con material italiano y alemán las tropas rebeldes han vuelto a tomar Teruel; con material extranjero transportado en cantidades considerables y creando un desequilibrio notorio entre las fuerzas combatientes, continúa la ofensiva en el frente de Aragón.

Nosotros — que estamos aquí

desde hace muchos meses, que asistimos al espectáculo indigno de unos militares (que han faltado a su compromiso de honor para con el régimen republicano, al cual habían jurado servir y del cual percibían sus sueldos), en franca rebeldía contra el régimen y el Gobierno republicanos, ayudados en su obra rebelde por gobiernos extranjeros; y, por el contrario, de un Gobierno regular, impedido de ejercer su misión y su soberanía, por culpa de los gobiernos democráticos —, en interés de la paz internacional, en interés de la Democracia en general y de Francia en particular, le suplicamos que haga cesar esa injusticia execrable. Considere de nuevo la cuestión de la guerra de España. No consienta que nuestros peores enemigos se apoderen de un país libre y noble, de un país amigo. Nadie ignora que la España republicana está al lado de la Francia democrática; nadie ignora tampoco que los militares rebeldes, asociados con los hitlerianos y los fascistas italianos, sueñan con una Francia avasallada.

Haga cesar esta iniquidad, que nos hace enojecer. Abra las fronteras franco-españolas, puesto que ha quedado demostrado que no se ha podido impedir que los gobiernos totalitarios aprovisionen a los rebeldes.

En nombre de la justicia, os pedimos el restablecimiento de la libertad del comercio con el Gobierno republicano.

Al obrar como lo hacemos, en estos momentos, tenemos la seguridad de llevar a cabo un gesto de equidad, estamos seguros de que obramos, no tan sólo por el interés de la España democrática y republicana, sino también por el interés de Francia, que tiene que defender hoy, junto con España, las mismas fronteras y un mismo ideal.

Senez; Pouilles, Charles; Ossart, Roger; Jorquera, André; Arranz, Adèle; Lauze, Jean; Cudet, Andrée; Clottes, Paule; Isoird, Claire; Gernie, Gladie; Lauze, Marguerite; Tonna, Paule; Pina, Amélie; Duz, Marien; Lateulade, Etienne; Reaud; Luis; Lafarge, Jean Claude.—Siguen las firmas.

«Interview» con un parlamentario católico francés

La delegación de parlamentarios franceses, compuesta por: Gaston Thiebaut, alcalde de Verdún, radical socialista; el doctor L. Camus, alcalde de T am p e s, Unión Socialista; Martín, diputado por Arles, S. F. I. O.; Le Roy, diputado por los Vosgos, Joven República (católico); Monteil, diputado por Contal (Izquierda Independiente); Serandour, diputado por la Costa del Norte (republicano de izquierda), fué recibida el domingo por la mañana por el presidente de la Cámara, Martínez Barrio, en la Cámara catalana.

Nos parece interesante recoger las impresiones del diputado por los Vosgos, Le Roy, católico:

«Me ha sorprendido encontrar aquí, en España, una voluntad nacional, una unidad en la lucha contra la invasión y advertir que la revolución está ganada y que comienza hoy «la guerra de la independencia».

No os oculto la agradable sorpresa que contrasta con lo que se dice en el extranjero, que asistimos en España a la victoria de un partido sobre otro.

Regreso convencido de haber visto un país en el que al fin se realiza la unión de las fuerzas democráticas.

Sé muy bien que el ambiente de la retaguardia contribuye a la victoria, y confieso que, durante la guerra de 1914, no teníamos en París, cuando disparaba «grosse Bertha» y la aviación alemana nos arrojaba bombas,

la serenidad que se observa en Barcelona y en Madrid durante los bombardeos.

Enterado de esto, regreso a mi país con la firme intención, no de dar mítines ruidosos que asustarían a nuestros amigos, sino de hacer en silencio, pacientemente, pero con tenacidad, una labor en los partidos para lograr que se restablezca el comercio libre con el Gobierno legítimo de España.

El tener que construir una línea Maginot en la frontera pirenaica, si tuviésemos allí a los fascistas, costaría a Francia más de 30.000 millones. A nosotros, los franceses, los verdaderos franceses, y todos lo somos en el fondo, ahora que tenemos delante al enemigo de fuera, que quiere atentar contra nuestras libertades, nos conviene que sea vencido en España.

Este será el argumento que emplearé con los que no tienen, como nosotros los católicos democratas, la única preocupación del sentido moral y de la elevación del pensamiento, y cuya política está determinada, desgraciadamente, por otros intereses.

Opongamos el interés al interés y salvaremos así el pensamiento.»

(Le Peuple, Bruselas, 13-III-38.)

Este DIARIO se reparte gratuitamente

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación.)

eres y los niños, pero no quisieron oír hablar de eso. He discutido con ellos dos horas, para nada... Han declarado que están dispuestos a morir, que las mujeres y los niños morirán con ellos y que si se salen con la suya, arrastrarán al mundo entero consigo.»

Tres días más tarde, el 12 de septiembre, cayó Talavera de la Reina. Toledo estaba ya directamente amenazado por el ejército rebelde. El Gobierno hizo evacuar a todas las mujeres y los niños. Luego llamaron a los mineros de Asturias, diestros en manejar la dinamita, para que volasen las fortificaciones externas del Alcázar. Pero antes de decidirse a dar ese paso y aunque cada minuto tenía ya un valor incalculable, se intentó poner en razón a los «héroes del Alcázar». El Gobierno hizo venir a Toledo a don Enrique Vázquez Camarasa, canónigo de la catedral de Madrid, que según los rebeldes había sido asesinado tres veces, una quemado por los comunistas, y dos crucificado por los anarquistas...

Camarasa llegó en auto a las once de la mañana, y tras un breve preámbulo, fué admitido en el Alcázar. Una hora después salió de allí, solo, llevando un crucifijo en la mano izquierda y en la derecha un saco que contenía los objetos del culto. Había bautizado a los recién nacidos, bendecido por última vez a los muertos y obtenido la promesa de que los rebeldes decidirían en veinticuatro horas, la suerte de las mujeres y de los niños.

Veinticuatro horas es mucho en esas circunstancias, pero el Gobierno de Madrid tuvo paciencia, demasiada paciencia. Pero fué recompensado: una hora antes de expirar el plazo, el coronel Moscardó hizo pública su respuesta en cuatro palabras:

«Nadie saldrá de aquí.»

Pero la paciencia del Gobierno no estaba agotada aún. El 13 de septiembre, el Presidente del Consejo de Ministros, Largo Caballero, en una entrevista privada requirió la intervención de Núñez Morgado, embajador de Chile y decano del cuerpo diplomático acreditado en Madrid.

El embajador se trasladó a Toledo inmediatamente. Dispuso con las autoridades militares locales que si los rebeldes dejaban salir a las mujeres y los niños, se albergaría a éstos en dos monasterios deshabitados, que se pondrían bajo la protección del cuerpo diplomático y de la bandera chilena, gozando así de la extraterritorialidad. Ante un ofrecimiento tan concreto el embajador no dudaba del éxito en sus gestiones.

Hasta el coronel Moscardó comprendía que el rechazar la propuesta debía perjudicarle a los ojos del mundo, y saliéndose por la tangente, se negó a recibir al embajador, justificando su conducta en las siguientes declaraciones:

«Si el embajador de Chile quiere algo de nosotros, que se dirija a nuestro gobierno, en Burgos, por mediación del suyo.»

El paciente lector que me haya seguido hasta aquí, debe sentirse perplejo y lleno de dudas. No podrá creer que se le haya engañado de tal modo respecto a «los héroes del Alcázar». Para evitar todo equívoco, reproducimos, a manera de colofón, antes de cerrar este episodio, las declaraciones hechas a la prensa por el embajador de Chile, tras el fracaso de su misión:

«El embajador de Chile y «ad interim», decano del cuerpo diplomático acreditado en Madrid, considera necesario dar a conocer los siguientes hechos relacionados con su visita a Toledo; declara:

»Primero.—Que sus proposiciones a las fuerzas sitiadas se limitaron a lo referente con la evacuación de mujeres y niños a los que proponía instalar en Madrid bajo la protección del Cuerpo diplomático.

»Segundo.—Que al resultar imposible hacer este ofrecimiento en persona, fué comunicado a los rebeldes la noche del sábado, por el coronel Barceló, jefe de las tropas gubernamentales en Toledo. El coronel Barceló telefonó al embajador chileno en Madrid a altas horas de la noche, para comunicarle el resultado negativo de su misión. El embajador de Chile declara que dió este paso por su propia ini-

ciativa y con fines puramente humanitarios y que cualquier otra versión del incidente queda desautorizada.»

Todo esto ocurría el 14 de septiembre.

El 18 explotaba la primera mina bajo el Alcázar, destruyendo la torre sudeste. Pero la brecha conseguida resultó insuficiente. Los muros interiores y las ruinas protegían aún a los rebeldes; además podían retirarse a los sótanos abovedados de la fortaleza, construidos sobre roca y que sólo un bombardeo de artillería pesada podría destruir. Pero el Gobierno vacilaba aún: vaciló toda una semana, hasta las cuatro de la mañana del 24 de septiembre, en que ordenó que se hiciese explotar la segunda mina. Ya era tarde. Al día siguiente, 26, la vanguardia de Franco alcanzaba Toledo, y el 27 la ciudad caía, ante la superioridad técnica del ejército rebelde.

En los combates del día 27, las tropas leales perdieron 900 hombres. El número de prisioneros fusilados en los tres primeros días, pasa de dos mil.

La guarnición del Alcázar había sufrido, tras un «bárbaro» asedio de setenta y cinco días, la pérdida de ochenta y tres hombres!... Los héroes, ya libres, empezaron por recorrer los hospitales de Toledo, asesinando a los milicianos heridos, con bayonetas y granadas de mano.

El arzobispo de Toledo les envió su bendición, desde Pamplona.

El general Francisco Franco, concedió la laureada al coronel Moscardó.

Un representante de Hitler le mandó un telegrama, felicitándole.

No se volvió a saber nada de las mujeres y de los niños que estaban en el Alcázar como rehenes.

Madrid

La palabra Madrid señala el comienzo de una nueva y problemática época en la historia del mundo. Madrid es la primera capital europea que ha sufrido bombardeos aéreos en gran escala. La capital española ha servido de campo de experimentación con vistas a la próxima guerra. Es cierto que durante la guerra de 1914-18, los zeppelines efectuaron *raids* sobre París y Londres. Pero aquello resulta un juego de niños si se compara con lo que puede realizarse ahora, gracias a los extraordinarios progresos de la guerra aérea.

Es cierto que hubo aeroplanos en la gran guerra. Sus pilotos llevaban a cabo hazañas nocturnas y luchaban en el aire románticamente con seis o siete aparatos a lo más. Cuando se comparan estos emocionantes combates con las peleas entre dos escuadrillas, como las que tenían lugar sobre Madrid, en el verano de 1937, los aviadores de la guerra europea nos parecen casi tan remotos y tan románticos como los Caballeros de la Tabla Redonda.

Para anotar con la mayor exactitud posible los efectos de los experimentos de guerra aérea moderna, ensayados sobre Madrid, tomaré como base un período de cuatro semanas. Lo que sigue es una estadística cronológica del período comprendido entre el 24 de octubre y el 20 de noviembre de 1936.

El 16 de agosto, el general en jefe del ejército rebelde, don Francisco Franco, hizo esta declaración al corresponsal de «Le Petit Parisien»:

«No bombardearé nunca Madrid; hay allí inocentes cuyas vidas no quiero exponer.»

Trece días más tarde, el 29 de agosto, los pilotos de Franco lanzaban las primeras bombas sobre Madrid. Estas abrieron dos enormes boquetes en los jardines del Ministerio de la Guerra, a treinta metros del ala del Estado Mayor, y atravesaron el tejado de un garaje en la calle de Roso de Luna, hiriendo a tres personas y destruyendo ocho automóviles. La última bomba explotó en un parque situado al oeste de Madrid, sin causar daño alguno.

Durante los días que siguieron se tomaron precauciones antiaéreas y se habilitaron los sótanos para refugios. Casi todas las casas ostentaban un letrero: «Refugio para tantas personas...» En las calles aparecieron carteles aconsejando a los habitantes que se cobijaran en

los sótanos o en el metro al oír las sirenas. En las escuelas se establecieron ejercicios de defensa antiaérea con el júbilo de los chicos y el consiguiente fastidio de los profesores.

La población civil no tomó aquello muy en serio. Durante años habían visto en el cine, en los periódicos y en folletos pacifistas, descripciones de la futura guerra aérea, habían visto ciudades derruidas como castillos de naipes, niños que jugaban en las calles, deshechos por las bombas, y recién nacidos muertos, en brazos de sus madres. Pero eran sólo películas y propaganda pacifista, que se solían recibir encogiéndose de hombros; pues parecía de todo punto imposible que aquello pudiera realizarse.

Después del primer bombardeo, el pueblo de Madrid tuvo dos meses para olvidarse del susto. Luego, el 23 de octubre, a las nueve de la mañana, una escuadrilla de *Junkers* efectuó su primer ataque aéreo sobre Madrid. El objetivo de los rebeldes era la estación del Norte. Apenas causaron destrozos y sólo hirieron a dos o tres personas. El 24 de octubre cayeron doce bombas en los alrededores de la estación del Norte, junto a la fábrica del gas y en los suburbios de Getafe. Murieron dos mujeres en la «cola» de una panadería y hubo cinco heridos graves.

El 30 de octubre, a las cinco de la tarde, comenzó la gran ofensiva general contra Madrid.

Cuatro semanas de infierno

Anochece; locuaces grupos llenaban la Puerta del Sol, el foro de Madrid; en las calles de los barrios obreros jugaban los niños aprovechando los últimos rayos de sol. Las mujeres hacían «cola» en las panaderías y tiendas de comestibles, pues los víveres empezaban ya a escasear. Como en Madrid se cierran las escuelas a las cinco, un tropel infantil riendo y gritando, irrumpía por todas partes.

En la plaza del Progreso, situada en uno de los barrios más antiguos de Madrid, había a las cinco y diez, tres niños jugando a los soldados, frente a una guardería. Vieron caer del cielo algo oscuro, y uno de ellos gritó en broma: «¡Una bomba, una bomba!», y los tres se tiraron al suelo. Fueron los únicos supervivientes y los únicos testigos de la destrucción de la guardería y de parte de la plaza del Progreso. Minutos más tarde, extraían de entre los escombros doce cuerpecillos imposibles de identificar.

La escuadrilla de Franco, compuesta de sesenta y tres *Junkers* de bombardeo, se había acercado a la ciudad silenciosamente y a gran altura. Las bombas cayeron desde el cielo claro, sobre la población confiada. En las calles de Getafe, yacían sesenta niños deshechos o mutilados. La torre de la vieja iglesia de San Ginés, en el centro de la capital, osciló lentamente, estrellándose en el suelo con un gran estrépito. En la calle de la Luna cayó una bomba en la «cola» de una lechería. Murieron treinta y cinco mujeres, algunas con sus hijos en brazos. En la acera de enfrente había una carnicería; el carnicero murió entre sus carcasas de terneras y corderos. Una mujer que acababa de entrar en la tienda con un niño de la mano, quedó sin cabeza. Diez segundos antes de la explosión, algunos testigos vieron venir calle arriba un borriquillo cargado con el ajuar de unos campesinos refugiados; marchaban tras él un viejo y dos niños. Diez segundos más tarde, sólo quedaba de ellos una masa sanguinolenta.

En el centro de la ciudad, donde no existen cuarteles, ni defensas militares, cayeron doce bombas. Una estalló en la calle de Fuenarral, matando a diez transeúntes y haciendo explotar el depósito de un automóvil, cuyos ocupantes murieron abrasados. En la calle de la Espada, los hijos de milicianos que se hallaban en una guardería, perecieron bajo los escombros de una casa derruida. De un autobús atestado de pasajeros que se dirigía a la plaza del Callao por Preciados, sólo quedaron algunos restos de metal y unos andrajos. Otra bomba cayó en un jardincillo de la Puerta de Toledo.

—El jardincillo—me contó Ginés Ganga, diputado a Cortes y testigo presencial de este hecho—estaba lleno de viejas que tomaban el sol, de novios y de madres que paseaban a sus hijos. La explosión me dejó atontado; cuando abrí los ojos, vi pedazos de carne informe dispersos sobre el césped; piernas, brazos, todos desnudos, no me explico cómo y en absurdas contorsiones. El único cadáver casi intacto y que a juzgar por sus ropas era el de una vieja, estaba sentado en uno de los bancos, inclinándose hacia adelante, sobre unas muletas; sólo la cabeza le faltaba...

Al día siguiente, Madrid enterró sus muertos. Llegaban a doscientos; dos terceras partes de ellos, mujeres y niños. Unicamente fueron identificados 180. Trescientos heridos, casi todos gravísimos, yacían en los hospitales.

El 2 de noviembre, Madrid fué bombardeado tres veces. En la calle de Jaime Vera, una estrecha calleja al sur de la ciudad, hubo tres niños muertos y ocho mujeres heridas. Media hora más tarde, recogieron otros siete cadáveres en una calle próxima. Esa misma noche, en el hall de un colegio habilitado como depósito, había catorce cadáveres de mujeres y los de doce niños.

El 4 de noviembre a las ocho de la mañana, fué bombardeado el mercado de Vallecas. Resultado: doce muertos entre mujeres y niños.

El 8 de noviembre empezó el bombardeo de Madrid por la artillería pesada alemana. Simultáneamente, una escuadrilla de *Junkers* y *Capronis* aparecieron sobre los suburbios obreros al sur y al oeste de la capital.

El 9 y el 10 de noviembre, Madrid fué bombardeado sin cesar por la aviación y la artillería. El edificio de las Cortes, quedó muy deteriorado. En el Prado, que contiene una de las más valiosas colecciones de cuadros del mundo, estallaron dos bombas. Se cree que sólo en estos dos días, hubo 350 muertos y heridos. Cerca de mil personas fueron hospitalizadas en el hotel Palace.

La noche del 10 de noviembre, treinta bombas de gran calibre y muchas incendiarias cayeron en la estación del Norte, la plaza de la Independencia, el antiguo palacio real y las proximidades de la Puerta del Sol. A las doce ardían cinco casas. Doce mil refugiados de la parte sur de la población, pasaron la noche al aire libre o en los refugios subterráneos.

Desde la madrugada del 12 de noviembre hasta la noche del 13, las bombas llovieron sin cesar en todos los puntos de Madrid.

El 14 de noviembre, al mediodía, veinte bombas destruyeron una manzana de casas en la calle de Atocha y en el Pacífico, suburbio al sureste de la ciudad. La entrada a la estación del metro de Atocha, resultó derruida; ochenta víctimas fueron extraídas de los escombros.

Al día siguiente fué domingo. Los madrileños se lanzaron a la calle para gozar del buen tiempo y olvidar un poco las pesadillas de la semana. Familias enteras llenaban los hospitales atestados, para visitar a los heridos. Pero los activos pilotos alemanes no hacen fiesta el domingo. A las cuatro de la tarde, una escuadrilla apareció al norte de Madrid. El hospital de Cuatro Caminos que ostentaba, como todos los hospitales, la cruz roja sobre su techo, fué favorecido con cuatro bombas. Familias enteras murieron allí. En las proximidades cayó una bomba sobre un depósito de agua y ésta, mezclándose con la sangre de las calles, cubrió el empedrado con una especie de limo, esparciendo piernas y brazos en derredor. La estadística de ese domingo subió a 53 muertos y 150 heridos.

El lunes 16 de noviembre hubo dos *raids*; a las cuatro de la tarde cayeron unas bombas en el barrio obrero de Cuatro Caminos. Después de las nueve llovieron las granadas incendiarias sobre la Facultad de Medicina y el edificio de San Carlos, en la Casa de Socorro del paseo de Recoletos y en un hospital de la Cruz Roja cercano a la plana de Colón. ¿Cien muertos? ¿Doscientos? No ha sido posible precisarlos. Pero todo esto sólo fué el preámbulo del infierno que iba a volcarse al día siguiente sobre la capital de España.

A partir del 17, durante la noche del 17 al 18 y todo ese día, Franco intentó, con la ayu-

(Continuará)

Alemania se quita la careta

Agresión cruel contra Austria

Alemania arrojó ayer, bruscamente, la débil máscara con que había tratado de ocultar el verdadero significado del acuerdo de Berchtesgaden. Dirigió a Viena dos *ultimatums* perentorios; en el primero pedía el aplazamiento del plebiscito anunciado para mañana. No bien cedió Schuschnigg cuando recibió el otro en el cual se exigía su dimisión antes de las siete y media de la tarde y el nombramiento del candidato de los nazis Seiss-Inquart como canciller, con un Gabinete también nazi. Estas peticiones iban acompañadas de la amenaza de invasión inmediata en caso de negativa, para lo cual se habían tomado las medidas necesarias. Ante amenazas como éstas, Schuschnigg no tuvo más remedio que acceder, y se anunció su dimisión. Pero ni aun esto impidió el uso de la fuerza. En respuesta a la petición de tropas hecha por Seiss-Inquart para «restablecer el orden», cruzaron anoche la frontera, fuerzas alemanas que se dirigen a Viena y a otras ciudades.

Si cuando Schuschnigg tuvo la decisión perspicaz y valiente de anunciar el plebiscito, tenía la intención de obligar a Alemania a mostrar su verdadero propósito, lo ha conseguido plenamente. Su situación se había hecho intolerable por las condiciones del acuerdo de Berchtesgaden, que le obligó a aceptar a un nazi como Ministro del Interior. Aún más intolerable se hizo por la presión incesante e incontrolable de los nazis locales, que dió por resultado la obtención, por la fuerza, de concesiones que excedían los términos del acuerdo mismo. El plebiscito tenía por objeto buscar una salida en un sentido o en otro. Era un acto en el que Alemania, si Austria conservaba un vestigio de independencia, no tenía autoridad para intervenir. Además, era lo que ella misma había pedido año tras año, desde el advenimiento de los nazis al Poder. ¿Qué reparo podía oponer a que se efectuase en este momento, como no fuera que tuviese la certeza de que el pueblo se pronunciaría de una manera rotunda por una «Austria libre, independiente y alemana», y no por una Austria nazi? Cualquier motivo de censura que pudiera existir con respecto a la forma de efectuarse la votación desapareció con la decisión tomada el jueves de que sería tan fácil decir «no» como «sí». No cabe duda de que el plebiscito habría retardado la perspectiva inmediata del Anschluss pacífico. Enfrentada con una situación que la hubiera contrariado en su ambición más querida, Alemania no vaciló en desenvainar el sable.

Sería difícil encontrar en los tiempos modernos, un paralelo a este asalto de un Estado contra otro. Este hecho que significa una anexión por *ultimatum*, no puede ser excusado ni perdonado por ningún canon de las relaciones internacionales. Tampoco puede Ale-

mania alegar «como circunstancia especial», el hecho de que su víctima pertenecía a la misma raza, pues el plebiscito dejaba a los alemanes austríacos en libertad de escoger su propio estatuto político. La pretensión de que Austria, por razón de raza, es una «cuestión interna» de Alemania, es inadmisiblemente indefendible. La presencia en Londres del ministro germano de Negocios Extranjeros, permitió al Gobierno británico poner directamente en conocimiento del alemán su desaprobación. Mr. Chamberlain y Lord Halifax, previnieron a von Ribbentrop, de la profunda ansiedad que sentían por los métodos que Alemania estaba dispuesta a adoptar y del efecto que su acción habría de producir en la situación europea en general y en las relaciones angloalemanas en particular. La protesta formulada a von Ribbentrop fué reforzada anoche en términos de mayor firmeza, por el embajador de Inglaterra en Berlín.

Esta mañana, ondea la bandera de la cruz gamada sobre la cancillería de Viena, proclamando simbólicamente el Anschluss como hecho consumado. Es tan prematuro como desagradable pronosticar las repercusiones ulteriores de este golpe. Hace menos de tres semanas que Hitler, en el discurso que pronunció en el Reichstag, sostuvo que el acuerdo de Berchtesgaden y la manera de tratar Alemania el problema de Austria, constituían «una contribución a la paz de Europa». La mejor prueba de ello—dijo—está en la «rabia de esos demócratas cosmopolitas, que aun cuando no cesan de hablar de paz, no desperdician ocasión de hacer la guerra». Lo ocurrido es harto elocuente. Schuschnigg ha caído luchando valientemente, pero sin esperanza, contra la cruel agresión de la misma potencia que se vanagloriaba de «su contribución a la paz de Europa». En su lugar se halla ahora, como sucesor predestinado, un hombre que en un manifiesto radiado anoche, prohibió al pueblo y a la poder ejecutivo, que ofrecieran resistencia al ejército alemán que estaba entrando en Austria y añadió el requerimiento de «no perder la cabeza», conservar la calma y procurar abrir el camino hacia un futuro feliz. El «futuro feliz» que ofrece a sus conciudadanos, es el de cambiar la independencia soberana por el sometimiento, a buenas o a malas, a un sistema político que la inmensa mayoría detesta. De la «independencia» que Alemania prometió solemnemente a Austria el 11 de julio de 1936, y que solemnemente también fué confirmada en Berchtesgaden hace tres semanas, no queda ya ni la sombra de una sombra. Nunca fué, en verdad, manejado el puño de hierro con tanto efecto dramático como por Alemania entre el alba y el crepúsculo de ayer.

(«Daily Telegraph» & «Morning Post», 12-III-1938.)

La asistencia de las enfermedades mentales en la España republicana

Uno de los más terribles problemas que se planteaban a las familias pobres, en la España anterior al 18 de julio, era la asistencia gratuita a los enfermos mentales. Ni un solo establecimiento psiquiátrico dependía entonces del Estado. Los manicomios y casas de salud o de reposo eran lugares carísimos, a los que ni las familias necesitadas, ni siquiera las modestas, podían llevar a sus enfermos. Estos yacían hacinados en salas especiales de los hospitales, o en las escasas plazas gratuitas o semigratuitas de los establecimientos particulares.

Este problema de pesadilla era uno de los que nunca se habían planteado el Estado español, ni la sociedad española de entonces, bastante insensible a los dolores de las clases modestas y necesitadas. La familia en cuyo seno había un enfermo mental, había de resignarse a llevarlo para su cuidado a esa clase de hospital donde se le trataba de la peor manera. A veces las familias se resistían a separarse de los enfermos psiquiátricos, por estas razones, y los retenían a su lado, constituyendo esto un grave peligro social.

En el mes de mayo de 1937 no existía en la España leal ni una sola cama en un manicomio del Estado. Por decirlo mejor, no existía ese manicomio.

Cinco meses después de la incorporación a Sanidad de los servicios de Asistencia social, funcionaban ya

en La Isabela (Guadalajara), 300 camas para enfermos mentales.

La labor continuó con perspectivas espléndidamente eficaces. Siguiéron organizando los Manicomios del Estado 750 camas más, distribuidas en la siguiente forma: Hospital psiquiátrico de Castellón, 150 camas; Colonias de Orihuela (Alicante), 300 camas; Colonias Gilet (Valencia), 300 camas. Lo que supone un total de 1.050 camas sólo en la zona leal española, cuando en toda España no había ni una sola antes de estallar la guerra.

—La necesidad de establecer una inspección severísima sobre cuantos establecimientos realizan funciones de asistencia hospitalaria en los casos de las enfermedades que el Estado está más obligado a atender, como son las infecciones, tuberculosis y mentales—nos han dicho—y la consideración de que precisamente en los hospitales provinciales y municipales los departamentos destinados al tratamiento de estas enfermedades son los que tradicionalmente se encontraban en mayor abandono, decidió al Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad a utilizar la autorización concedida por el decreto de 12 de junio de 1937, dictando al efecto tres disposiciones, en cuyo articulado se especifica que los Centros Psiquiátricos adscritos a los hospitales provinciales (llamados departamentos de observación) pasen a depender técnica y administrativamente de este Ministerio, con ob-

jeto de dirigir y vigilar su actuación. Los departamentos de enfermedades psiquiátricas, infecciosas y tuberculosas, se sostendrán con los mismos fondos con que actualmente vienen haciéndolo, mientras no se dicten disposiciones reguladoras sobre las relaciones económicas que han de existir entre este Ministerio y las entidades de quienes dependan las organizaciones nosocomiales que han de estar bajo la dependencia directa del mismo.

Caso de que se ampliasen los servicios incautados, las Corporaciones municipales y provinciales sólo cubrirían las necesidades implicadas por la acción nosocomial a los naturales de las provincias o municipios correspondientes. Para el cumplimiento de esto, la Dirección General de Luchas Sanitarias y la Inspección General de Nosocomios tomarán las medidas pertinentes al caso, quedando así derogadas todas las disposiciones que pudieran oponerse al cumplimiento de esta orden.

—¿En qué forma se ha realizado la incautación?—hemos preguntado.

—La incautación se ha hecho en un sentido plenamente revolucionario, en el que se demuestra la nueva orientación del Estado español, que, al tomar sobre sí cargas y servicios, los perfecciona y los habilita para que tengan la debida eficacia. Esto se ha demostrado, sin olvidar que por cuenta del Estado español, en los Departamentos de los Hospitales provinciales, destinados a la asis-

Bello gesto de unos héroes

Treinta marinos del «Koenigsberg» ejecutados por haber querido ayudar a la República española

París, 15. — El «The American Guardian», de Oklahoma City ha publicado la siguiente noticia:

«La dotación del acorazado «Koenigsberg» acordó entregar al Gobierno de la República española un cargamento de armas que iban destinadas a Franco. Pero el complot fué descubierto y treinta hombres de la dotación fueron inmediatamente ejecutados.» — S. I. G.

tencia de estos tres grupos de enfermedades, se han hecho, o se están haciendo las obras necesarias, se han habilitado los servicios terapéuticos que eran imprescindibles, se han nombrado médicos, enfermeras, practicantes, en el número preciso para que los enfermos reciban la asistencia debida y se ha aumentado lo consignado para subsistencias de los enfermos acogidos a esos establecimientos.

—¿Qué gasto ha originado al Estado esta gran obra de reorganización de la asistencia a los enfermos mentales e infecciosos?

—Únicamente un gasto mínimo, si se atiende a la envergadura de lo hecho, todo lo cual asciende a pesetas 1.650.000.

Otra gran ventaja de todo esto es la justicia que preside en la admisión de enfermos. En estos establecimientos del Estado «no están acogidos más enfermos que los que debían estar, y no los que la conveniencia, el egoísmo, la ignorancia y tantos otros motivos recluían en ellos». Esta consecuencia de orden social y ético no es la menos apreciable de todas las conseguidas.

Mientras los obuses caen sobre Madrid, los estudiantes hacen su vida normal en los Institutos

Apacible mañana de sol en un céntrico barrio madrileño. Amplias aceras asfaltadas, edificios de grandes fachadas, acacias que empiezan a vestir sus esqueléticos troncos... La quieta tranquilidad callejera se alborota súbitamente por la presencia de una alegre turba juvenil que sale de un bonito hotel—Instituto Nacional «Lope de Vega»—y se vuelca a la calle. Sus arreos escolares—cartera de libros y carpeta de dibujo—denuncian la noble actividad cultural a que dedican su tiempo. Son estudiantes de segunda enseñanza. Muchachos de ambos sexos que, cursando actualmente el bachillerato, cifran ya en el estudio todo su porvenir.

Si en todos los órdenes de actividad de la vida madrileña hay una nota que justifique siempre su calificativo de ciudad heroica, en la vida de los estudiantes se acrecienta. Los muchachos de los Institutos matritenses no han dejado un solo día de acudir a sus clases. La artillería enemiga, que siembra de sangre a diario las calles de la sufrida capital de la República, no ha podido abatir el alto entusiasmo, el desbordante ánimo y la sana moral de estos escolares conscientes del deber de su edad, que, a precio de recibir cultura, ofrecen generosamente su suerte al azar de unos destinos que los obuses facciosos pueden hacer funestos. Y su juventud triunfante renace ante la esperanza de un mañana mejor, y desafían, con gesto altanero que tiene mucho de orgullo republicano, a las granadas facciosas.

Actualmente, los estudiantes tienen cine todas las semanas. Películas instructivas y educativas sobre diversos temas culturales. Además, el profesorado da periódicamente un ciclo de conferencias con objeto de ilustrar de modo ameno las lecciones que explican en las aulas.

Suenan los timbres del interior. Se acabó el corto descanso. Otra vez a la brega. Llamam a las aulas.

Marchamos por el dédalo de pasillos del edificio; y, mientras, vamos pensando y estableciendo diferencias entre los estudiantes de ayer y los de hoy; y vemos cómo la vida de estos muchachos, alegres y animosos, que estudian y aprenden tranquilamente bajo la constante amenaza de los obuses enemigos, es una vida nueva y magnífica que echa una paletada de tierra sobre la tumba donde se guardan las cenizas de la clásica picaresca de los sopistas de los conventos y de los pandere-

tólogos de las tunas santiagoenses y salmantinas, a la vez que también una nube de generoso polvo de partículas de olvido—polvo que cegó un día—cubre el recuerdo de los burlanodistillas, los billaristas, que no hacían ni una carambola universitaria; y, últimamente, los católicos huelguistas, que el día 7 de marzo —«Santo Tomás de Aquino, patrón de los estudiantes», reza el santoral religioso—querían hacer una fiesta oficial echándose a la calle, alborotadores, con palos y porras.

—Pero nosotros—nos dice un antiguo afiliado a la F. U. E.—resultábamos los afortunados «pacos con la rebaja». Y, claro, les rebajábamos los humos. ¡No faltaba más! Repartíamos unas cuantas bofetadas, se batían en cobarde retirada y, mientras, nosotros acudíamos tan campantes a nuestras clases. Ellos, molidos, rezaban a su santo patrón desde un rincón de su casa. Nosotros no se lo discutíamos; pero, ¡claro!, ellos se ponían en plan de «aguafiestas» y había que contestarles.

Todo eso murió ya. Fué una fauna juvenil, producto degenerado de una sociedad viciada y carcomida que la guerra barrió para siempre el 18 de julio. Hoy, estos muchachos con quienes estamos son estudiantes porque estudian. Aquellos lo eran porque tenían dinero para malgastar el tiempo, y después, al final de un período infructuoso de seis u ocho años, sacaban títulos para encubrir el cortinón de pergamino académico. Creían aceptable su ignorancia y muchas veces su insuficiencia mental. Y luego, en la vida, nadaban entre las remansas aguas del favoritismo y de las recomendaciones. Los estudiantes de ahora son hijos de modestos empleados y obreros. Muchachos que, para dar satisfacción a su capacidad intelectual y natural predisposición al estudio, aprenden afanosamente con placer y agrado, sabedores de que el porvenir se rendirá a los destinos de sus respectivos trabajos.

La clase de Derecho va a empezar. El profesor ocupa su sitio en la cátedra. Todos los alumnos están acomodados en sus asientos esperando que empiece a explicar. Llevan, como lección del programa, los primeros títulos de la actual Constitución española. La voz del maestro, espaciada, persuasiva, amable, casi familiar, empieza:

—«España es una República de trabajadores de todas clases...»